

Berlin, Isaiah: *Joseph de Maistre y los orígenes del fascismo*. Barcelona, Página Inédmita, 2021 (Edición de Henry Hardy, traducción de Roberto Ramos Fontecoba, 1ª ed. 1990).

Es difícil caracterizar a un pensador como Joseph de Maistre (1753-1821), nacido a caballo entre dos épocas, en un momento de ruptura con el Antiguo Régimen europeo y el nacimiento del mundo contemporáneo al calor de las ideas de las Luces, que en el siglo XVIII trataron de racionalizar la manera de pensar el mundo y la organización humana a nivel político, económico y social.

A primera vista, Joseph de Maistre es la imagen de un típico representante de la reacción, defensor a ultranza del viejo orden, de la autoridad temporal de los príncipes y, por encima de todos ellos, de la espiritual del Papa. Defiende la jerarquía y la desigualdad como elementos inseparables del plan divino, y la única forma en que se puede regir el ser humano sin caer en un caos anárquico, lo cual representa su mayor temor. A su vez, es absolutamente contrario a toda la herencia ilustrada, crítico con la racionalización del discurso político, y con el intento del liberalismo de adoptar formas democráticas para la organización de las sociedades. Rechaza el conocimiento científico de la naturaleza como summum de la aplicación de la razón y, sobre todo, el uso de la misma en lo que concierne a tratar de comprender las estructuras humanas y modificarlas con el fin de crear una sociedad más justa.

No obstante, la aguda visión del filósofo liberal Isaiah Berlin (1909-1997) nos introduce de lleno en un análisis más profundo sobre la figura del contrarrevolucionario, para mostrarnos cómo el pensador, más que representar los últimos coletazos de una tradición que está próxima a desvanecerse en Europa, es el primero de los intelectuales que formulan la que será, en época contemporánea, la nueva reacción que se mantendrá siempre en pie de guerra contra los postulados heredados de las Luces, tendentes a la racionalización de la libertad e igualdad humanas; esto es, aquella tradición que culminará en el siglo XX en los regímenes dictatoriales totalitarios representados por los fascismos.

Berlin observa en Joseph de Maistre no a un reaccionario que trata por todos los medios de defender un sistema antiguoarregimental decadente basado en la jerarquía, la desigualdad y la autoridad incontestable del gobernante, sino a un fino analista político que se da cuenta de la caducidad de ese sistema de gobierno, pero que defiende a ultranza una cosmovisión cuyos valores morales, para él, son los que rigen el plan divino del Universo. Así pues, el “problema del mal”, que tanto costó teorizar a la filosofía cristiana, no es para él un problema, pues en el mundo de Maistre la desigualdad y la jerarquía están completamente justificadas por la propia naturaleza del ser humano. Este, pecador y malvado, simplemente tiene que aceptar el orden de la naturaleza dispuesto por la Providencia. Un orden bastante siniestro, que en Maistre evoca a un mundo de dolor y sufrimiento donde el ser humano, el más alto en la cadena de los seres vivos, es el destructor de sí mismo a través de métodos como la

guerra, que sirven para expiar el pecado del mundo; de esta forma, el mal es punto central en el pensamiento de Maistre para explicar el porqué del dolor y la desigualdad, justificadas al ser estas la manera en que los hombres han de pagar por sus pecados.

Y es que, a juicio de Maistre, los hombres serían incapaces de gobernarse a sí mismos a través de formas políticas como el liberalismo o la democracia. Es un contrarrevolucionario convencido, pero a su vez se diferencia en ciertos elementos de un reaccionario clásico. Maistre cataloga la Revolución francesa como un castigo divino, pero su estima hacia Francia le hace mantener una opinión ambivalente de los jacobinos y Napoleón. Esto se debe a que para el pensador lo verdaderamente peligroso no son en última instancia las ideas revolucionarias que se contraponen a las del viejo orden europeo, sino la ruptura de los principios de autoridad y jerarquía; por este motivo, para él resultan mucho más peligrosas las ideas más liberales y moderadas de los girondinos, de fuerte impronta ilustrada, que el gobierno de los jacobinos y después de Napoleón, pues en estos ve un componente de autoritarismo que relaciona con el mantenimiento del orden.

La figura más desestabilizadora y peligrosa para Maistre no es, por ende, el revolucionario en sí, sino el intelectual de cuyas ideas se nutre esa revolución. Son los intelectuales ilustrados, que con su racionalismo y visión científica tratan de aportar luz a la comprensión del mundo para poder cambiarlo, los principales enemigos del buen gobierno querido por Dios, basado en una obediencia sin reparos a la autoridad. Frente a la Luz, Maistre aboga por la Oscuridad, el misterio, los fenómenos ininteligibles para el ser humano de la naturaleza y la historia, toda vez que, en su discurso, en el que Berlin señala el uso de falacias como la *petición de principio* y directamente contradicciones, utiliza precisamente la historia como justificación de la desigualdad humana, perenne y existente desde los orígenes de los tiempos.

Sin duda, el punto más siniestro de su pensamiento, dilucidado en su obra magna *Les Soirées de Saint-Petersbourg* (1821), y que nos hace entender que Maistre, más que representar una tradición contrarrevolucionaria clásica, es vanguardia de las tendencias irracionalistas y antiilustradas contemporáneas, es el personaje sobre el cual se sustenta toda la autoridad: “La piedra angular del arco en el que se apoya el conjunto de la sociedad, es mucho más aterradora que el rey, el sacerdote o el general: se trata del Verdugo” (p. 50). En efecto, Maistre es un representante prematuro de la aplicación del terror como política cuya culminación se produce en los Estados totalitarios del siglo XX. La forma más eficaz, en última instancia, de mantener unida a la sociedad en sus rígidos parámetros de desigualdad y misterio, es con esa amenaza constante de la muerte como pilar básico de las relaciones humanas. En palabras de Maistre, “Eliminad del mundo a este misterioso agente, y de inmediato el orden dará paso al caos: se derrumbarán los tronos y desaparecerá la sociedad” (p. 52).

Carlos Cárdenas Blesa
Universitat d'Alacant
carloscardenasblesa@gmail.com